

Jenn Díaz

Belfondo



NOVELA

booket

Jenn Díaz

Belfondo

 DESTINO

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.



No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Jenn Díaz, 2011, 2017

© Editorial Planeta, S. A., 2017

Ediciones Destino, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.edestino.es

www.planetadelibros.com

Diseño de la cubierta: Booket / Área Editorial Grupo Planeta

Ilustración de la cubierta: Shutterstock

Primera edición en Colección Booket: marzo de 2017

Depósito legal: B. 2.445-2017

ISBN: 978-84-233-5206-7

Composición: Víctor Igual, S. L.

Impresión y encuadernación: Liberdúplex, S. L.

Printed in Spain - Impreso en España

El maestro

Arcadio está inquieto y da vueltas en círculo por el cuarto. El espacio no es que sea grande, así que, cuando las da muy rápido, se marea un poco y tiene que parar y contar hasta diez. Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve y diez. Está tan nervioso como aquella vez en que vino el amo y le dijo que tenía que enseñar a leer y escribir y a hacer cuentas a todos los habitantes de Belfondo.

¿A todos?, preguntó Arcadio temiéndose la respuesta.

A todos, contestó el amo con indiferencia.

Cuando marchó de su casa, que era de las mejores del lugar, Arcadio se puso a mirar por la ventana y a hablar en susurros, así como se habla cuando se está solo. Su mujer salió tras el amo, rápido, para no dar un segundo portazo y pasar desapercibida. Cuando su marido hablaba con el

amo, siempre se quedaba horas silencioso y pensativo. Y encontró en aquella visita inesperada la oportunidad que hacía días estaba esperando. Arcadio se fue al cuarto y empezó a dar vueltas. Aunque, ahora que lo piensa, está casi más inquieto que aquella vez del amo. Pensó, entonces, que se estaba volviendo loco, el dueño de todo, si pensaba que iba a poder enseñarles a todos esos campesinos a leer y escribir y a hacer cuentas. Pero el amo decía y decidía cualquier cosa. El pueblo era suyo. Él mismo era más suyo que de su padre, que en paz descansara. Ellos habían llegado allí porque no tenían otro lugar donde caer muertos. Ni vivos. El resto del mundo parecía haber enloquecido. Y allí, en aquel pueblo del amo, parecía que las cosas iban más lentas. No mejor, pero sí más lentas. O que se dirigían hacia otra parte. El amo un día cogió las tierras que tenía en Belfondo y construyó el pueblo.

Es un tipo listo, el amo.

Después les dio trabajo. Y después ellos obedecieron en todo. Así funcionaba la pequeña aldea. Y después siempre fue todo igual. Y afuera, en el resto de mundo, las cosas siempre con tanta prisa. Y tan inexplicables, porque los cambios tan grandes que había no se entendían nunca. Por eso mismo estaban todos ahí metidos, como enjaulados, sin rejas pero enjaulados. Y Arcadio aceptó, qué otra cosa podía hacer, qué otra cosa podía hacer, frase que se repitió a sí mismo y a su mujer sin

descanso, qué otra cosa puedo hacer. No podía hacer otra cosa, ciertamente. La mujer nunca contestaba y pensaba que, si no podía hacer otra cosa, mejor que dejara de lastimarse de aquella forma. De cualquier forma, pero sobre todo de aquella forma. Cambió los muebles de la casa y consiguió tener un espacio bastante amplio para poder colocar algunos pupitres.

Acudían familias enteras a aquellas clases, eso lo sabía el amo, es lo que quería, aquel ambiente, pero no es lo que había imaginado Arcadio. Bien sabía que en las casas hay un funcionamiento, bien sabía Arcadio que no podría imponerse entre ellos, los hijos, los padres: el profesor y los alumnos. Cuando un padre abofeteó a su hijo porque había aprendido antes que él a sumar, Arcadio supo que estaba metido en un lío. Era, por supuesto, un chico espabilado, el preferido del profesor, hasta tal punto que se había planteado enseñarle todo lo que pudiera, no sólo lo que el amo le había pedido, y quizá habría otro profesor en Belfondo, y antes de que sus ilusiones se truncaran, salió en su defensa, como maestro, siempre como maestro.

¿O como qué?

El padre lo miró desafiante y le dio otra bofetada a él. La esposa de Arcadio estaba espiando, como siempre que daba clases, a través de la puerta. El señor Arcadio, que así se hizo llamar desde el primer día a pesar de las quejas, no pudo dar la lección durante dos días. Pero no porque le dolie-

ra, sino por miedo. Cuando volvió, aquel hombre lo esperaba para seguir con sus clases, sentado cabizbajo en el pupitre. Se acercó a él y le dijo: váyase de aquí. Sin dureza y esperando una segunda bofetada, acaso más fuerte todavía, con más desprecio y rencor, que es lo que sentía Arcadio hacia él, y hacia el amo, y hacia Belfondo. Que más quisiera no estar, dijo el hombre, pero que el amo lo había obligado a seguir aprendiendo. A nadie se le puede obligar a aprender, se decía el maestro, aunque sabiendo que eso el amo no lo entendería, o lo entendería pero le daría lo mismo, desde cuándo el amo se dejaba aconsejar. En cuanto acabó con aquella tanda de alumnos, Arcadio se acercó a la casa del amo para quejarse. No quería enseñarle nada a ese hombre. A aquel, al que le pegó. El amo debía saber lo que significaba para él el saber, y enseñar, y cómo todo aquello que hacía por los hombres y las mujeres de Belfondo era demasiado generoso, sobre todo para aquellos que no querían aprender. No quería darle aquel privilegio a los hombres vulgares, a los desagradecidos. Pero el amo no hizo caso, como ya se esperaba de él. El amo quería que todos en Belfondo supieran leer y escribir y hacer cuentas. Muchos del pueblo decían que aquello que hacía el amo era por puro egoísmo. Belfondo era suyo, del amo, un amo del que no se sabía si podían fiarse. Y los que estaban en Belfondo, en parte, también. Por eso no quería que nadie fuera analfabeto, que

fue una palabra que pasó de boca en boca durante días. Dice el amo que no va a haber ni un solo analfabeto en Belfondo, que le ha pagado un montón de dinero al maestro para que nos enseñe a todos.

¿Y analfabeto qué quiere decir?

Los más sabios contestaban que ser analfabeto significa no saber qué quiere decir analfabeto. Ser analfabeto significa no saber que uno lo es. Así que, cuando llegaban los analfabetos a la clase del maestro Arcadio, lo primero que preguntaban era qué significaba ser analfabeto. Cuando el maestro recitaba ya de memoria su definición, todos se enfadaban y dejaban de atender. Arcadio no perdía la calma. Y siempre contestaba a todas las preguntas, aunque en realidad no quisieran saber la respuesta. Algunos de Belfondo pensaban que era por egoísmo del amo, que no quería tener nada bajo su mando que no fuera de su agrado, que no estuviera por encima de ese mundo loco que había fuera de su territorio, porque si había un mundo loco, era el de la frontera para allí, y si había un mundo donde se podía más o menos vivir, ése era Belfondo, lo habían dejado claro, pero no sabían quién había salido de allí a corroborarlo. Así fue madurando la idea en el interior de todos: si hay un sitio es éste, si hay un sitio, ah, es éste y ningún otro. Y lo hicieron rumor de adentro, para siempre. Otros pensaban que aquello que hacía el amo por ellos era admirable, era hermoso. Confiaban

en la bondad del amo, en su desinterés. El resto del pueblo simplemente no se preguntaba por qué lo hacía el amo. Acudían a sus clases, aprendían lo que significaba analfabeto, se esforzaban por dejar de serlo, leían, escribían, sumaban, restaban. Ésos eran los más felices.

El maestro no estaba en ninguno de esos tres grupos. El maestro se preguntaba únicamente una y otra vez por qué tenía que ser él quien enseñara a todo el pueblo. Era verdad que la cantidad de dinero que le daban por hacerlo era generosa, pero no le importaba el dinero del amo.

¿Era cierto que no le importaba el dinero del amo?

Tampoco le importaba si lo hacía por sí mismo o por los demás. Sólo andaba todo el día quejándose por ser el intermediario de las dos partes, el mediador entre la sabiduría del amo, porque el amo no era ni mucho menos un tonto, y la incultura del pueblo. El saber es la clave de todas las cosas, decía una y otra vez el maestro a todo aquel que le preguntara por qué debían aprender a leer y escribir y a hacer cuentas, pero sólo quedaba como lo que era, un repetidor de frases que había ido cogiendo de aquí y de allá, ya no le quedaba pasión alguna. Una vez pasadas las primeras semanas de dudas y enfados, el maestro se tranquilizó y se tomó la enseñanza como un trabajo más. El cocinero cocinaba, el trabajador de la fábrica se levantaba a las seis y se colocaba en su puesto,

el campesino trabajaba la tierra, el amo mandaba. Y él enseñaba. No había más.

Aun así, había vuelto otra vez a él aquel nerviosismo y otra vez estaba dando vueltas al estudio preguntándose por qué él. Su mujer, que nunca se había molestado en cultivarse, de repente también quería aprender a leer y escribir y a hacer cuentas. Aunque lo de hacer cuentas no le importaba tanto, pero sobre todo quería saber leer y escribir. El maestro nunca se había preguntado por qué su mujer no tenía ningún interés en dejar de ser analfabeta. Ni siquiera la había visto espiar sus clases. A él, en el fondo, en lo más fondo de su ser, en ese sitio donde todos escondemos nuestras más bajas bajezas, a él ya le iba bien que su mujer se conformara, simplemente, con ser la mujer del maestro, la analfabeta mujer del maestro. No quería que su esposa fuera una ignorante, no quería arrinconarla, no quería menospreciarla. Eso era lo que se decía una y otra vez. No era por su mujer, no es por ti, no es por ella. Era por el amo.

Siempre, todo, el amo, el maldito amo.

Aquella era su estúpida forma de vengarse de él: privando a su esposa de lo que los demás tenían, incluso a su pesar. Aprenderían todos a leer y escribir y a hacer cuentas menos ella. El deseo del amo jamás se cumpliría, mientras él viviera. Nunca, mientras él viviera, la orden del amo se llevaría a cabo. Ja, ja, ja, le hacía mucha gracia, se reía y mucho, y se sentía satisfecho de su idea macabra.

Y el pueblo no se preguntaba por qué la esposa del maestro no acudía a las clases a las que acudía el resto, porque el pueblo de Belfondo era un pueblo cómodo, tranquilo, pero no inquieto. Ni siquiera el amo había incluido a la mujer en el bulto de los analfabetos. Porque todos daban por hecho que, siendo la señora del maestro, sabría leer y escribir y hacer cuentas. Nadie puso en duda su analfabetismo. Pero aquella noche, la anterior, con la luz apagada y los cuerpos ya uno junto al otro, sin tocarse, aquella noche su esposa dijo, dijo aquello:

Enséñame a leer, por favor, y también a escribir, si quieres dejamos para más adelante lo de las cuentas.

Y un temblor recorrió todo el cuerpo del profesor. Por qué, se preguntaba, pero a sí mismo, que no quería hacerle ningún tipo de cuestión a su mujer, la pobre no tenía culpa de nada. Quería aprender, era normal, él mismo gustaba de ese placer, pero por qué no podían salirle las cosas como él quería, como él deseaba. Por qué no podía borrarle de un plumazo las inquietudes intelectuales a su esposa, si es que aquellos mínimos que le pedía podían llamarse así. Ahora estaba dando vueltas por la habitación buscando una trampa para no hacerlo, para dejar a su mujer sin ese bien que es el saber, tantas veces como había repetido aquella frase manida, pasada de moda. Pero no la encontraba. Y las vueltas cada vez eran más rápidas y hasta se mareaba. Paraba un segundo, el mundo

daba vueltas, justo como el de fuera de Belfondo, y se reía un poco dentro de su locura y su ataque.

Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve y diez.

En ese momento su mujer dio tres golpes a la puerta y entró. Con el ocho, un golpe, con el nueve, otro golpe, con el diez, otro golpe. Cuando el maestro se detuvo para ver quién era, todo el mundo se balanceó a sus ojos y cayó al suelo. Así imaginó que sería salir de Belfondo, así se figuraba que sería volver a la vida que tenía antes, que ya apenas, de tanto como había luchado por esconder y enterrar, ya apenas recordaba, pero todavía, todavía un poco, sentía el mareo remoto y, al caer al suelo, dijo que no quería perder al amo, llorando por dentro, indefenso e inútil, sirviéndole... el hombre servil que era se avergonzaba, pero era tan cómodo tener aquel amo. El viento caliente de Belfondo sopló los papeles que había sobre la mesa. Y ambos, el maestro en el suelo y la esposa de pie, envidiaron lo liviano del papel, aquella fragilidad. Su mujer, que ansiaba como la libertad que no tenía en Belfondo saber leer y escribir, se abalanzó sobre él pensando que, ahora que estaba tan cerca de aprender, no podía pasarle nada malo al profesor, el señor profesor, el hombre con el que su madre la mandó a casar. Se alejó, por unos momentos, unos momentos que la mantuvieron avergonzada durante días, se alejó de la figura de esposa y pensó, como hacía ya algunas semanas, pensó por ella misma.